

Acaece lo primero á la desafortunada Madre María en la noche que sigue al suplicio de su Hijo. La muerte parece una ilusion. Ha sido tan violentamente ejecutada, que no ha dado lugar á la meditacion. Las sensaciones han sido grandes en el Gólgota; pero el fracaso militar, el tumulto de los espectadores, el estrépito de los enemigos de Jesus, el entretenimiento universal en que se hallan cuantos pasan al lugar de la triste escena, la revolucion que se efectúa en la naturaleza misma, no dejan á María fijar su imaginacion en considerar la enormidad de la pérdida que va á sufrir. Por algunos momentos su dolor se mitiga en cierto modo, pues bajado de la cruz el cadáver de su Hijo, le es permitido estrecharle en su pecho, y sellar sus mejillas con mil ósculos de amor. En medio de su desamparo, aún brilla una triste estrella á aquel corazón que, cual bajel abandonado, iba bogando por el tempestuoso mar de la tribulacion más horrenda en que se viera una madre. María tiene el consuelo de que algunos nobles de la Judea quiten con sus propias manos á su Hijo del palo de ignominia; que los mismos lo unjan con aromas, que lo trasporten sobre sus hombros al lugar del reposo, y que éste sea un sepulcro marmóreo destinado para un príncipe de la nacion. El temporal fuera recio, sobreviniendo luégo un corto intervalo de calma; pero ¡qué horror, señores! ¡Compadezcámonos de la triste y desamparada María! La tempestad se desencadena de nuevo; sopla con mayor vehemencia el aquilon; el huracan, que no tuviera fuerzas para sumergir el bajel cuando lo subia hasta las nubes ó lo hacía descender hasta los abismos en sus primeros embates, ha dado tiempo á que aquel esté para entrar en lugar seguro; y entónces ha redoblado su furia, lo ha arrollado, lo ha conducido á los sirtes, lo ha estrellado con furor, sumergiendo sus débiles fragmentos entre sus espumantes olas.

Por grande que sea el heroismo de María, al llegar al

momento silencioso de su desamparo, no puede ménos de sentir su corazón como fuera de su lugar y como desleído por la fuerza de las angustias que lo abruma. Se encuentra sola en medio de la pavorosa quietud del mundo: apenas el reposo universal es interrumpido por los desabridos ecos de alguna ave nocturna; el momento es el más propicio para entregarse á meditaciones profundas. Entónces se arrodilla esta Reina de los ángeles, y empieza á reflexionar con más detencion que nunca lo que era cuando tenia el consuelo de ver suspendido de sus pechos castísimos al niño Dios, cuando le abrazaba y se extasiaba contemplando su hermosura. ¿Qué felicidad habria en los cielos ni en la tierra que pudiese rivalizar con aquella que afectó su alma santísima en el portal de Belen al ver en sus manos al Hijo de sus entrañas, conservando al mismo tiempo la inestimable joya de la virginidad? Sucesivamente va viniendo una série de grandezas; el cielo rinde homenajes á su Hijo; el mundo lo mira con asombro; los demonios con horror; los hombres buenos lo aman y lo adoran; los malos no pueden ménos de respetar su gravedad y modestia, su doctrina y milagros. ¡Ay! Cuando más encumbrada está María en la meditacion de las grandezas de su Hijo; cuando cree que está oyendo sus tiernos vagidos y su dulce voz; cuando lo considera obrando prodigios y confutando á sus enemigos, se acuerda que éstos se han apoderado de Él y lo han crucificado. La muerte le parece por aquellos momentos una ilusion; la tempestad se fraguára en instantes, y en instantes fulminára cuantos rayos encerraba. «¿Es posible, dice, que haya desaparecido mi Hijo de la tierra de los vivos? Mi Hijo, que es Dios, ¿ha podido sucumbir bajo el peso de sus perseguidores? ¡Qué! ¿La muerte tiene imperio sobre el que es esencialmente la vida? ¡Angeles santos! Vosotros, que tan dulces sinfonías entonábais en torno mio cuando por

primera vez vi á mi Hijo en mis brazos; vosotros, que le servíais como á vuestro Señor y Dios, y á mí como á su Madre; vosotros lo sabreis. ¿Ha muerto mi Hijo? ¿Está en el sepulcro?» ¡Qué espanto! Los ángeles han tenido ménos valor que esta Mujer. Todos se hallan sobrecogidos por haber visto morir al Rey de la gloria; no teniendo fuerzas para hablar, nada contestan á María. Se dirige á su Hijo, le habla, le pregunta, y no responde: eleva sus manos al firmamento; aquellos ojos purísimos que, cual perlas rodeadas de agua, no tienen ya tersor alguno, se fijan en las alturas. ¡Quizá el Eterno Padre responderá á las preguntas de su Hijo! ¡Quizá su Esposo divino va á consolar á esta tierna Esposa, á esta que es su única paloma é inmaculada! ¡Esperanza inútil! El cielo está enlutado; el Dios de los siglos está de duelo por la muerte de su Hijo, y reina en su corte el silencio del sepulcro. Habla María á las criaturas, y todas le responden que Jesus es muerto. Llora el firmamento, llora la tierra, lloran los ángeles, lloran los discípulos, y todos dicen unánimes que lloran porque ha muerto su Dios, el Dios que se humanára en las purísimas entrañas de María.

Empezó entónces esta solitaria tórtola á hendir los aires con sus lamentaciones y gemidos, dando rienda suelta á aquellas lágrimas que, como argentados arroyuelos, corrian por sus mejillas. «¿Cómo es posible, decia, que el Señor, lleno de enojo, haya envuelto en tinieblas de amargas penas á Sion, su amada hija? ¿Cómo es que del trono elevado de la grandeza, en que, á la manera de un hermoso astro, resplandecería en el cielo, ha derribado en la tierra á la que ha sido el arca de su testamento? ¿Dónde estás, ¡oh Hijo mio? ¿Dónde estás, luz de mis ojos? ¡No respondes! ¡No hablas á tu Madre! ¡A tu Madre, que te crió á sus pechos, que te libró de mil peligros, y que daría por tí mil vidas que tuviera! ¡Yo no tenia en el mundo otro bien que tú, ni yo vivía ni suspiraba sino

por tí! ¿Cómo podré yo vivir entre los hombres faltando tú de mi lado? ¿Por qué te fuiste y me dejaste desamparada sobre la tierra? ¡Ya no veré aquellos ojos modestísimos, que, como luceros de la mañana, iluminaban mi alma! ¡Ya no oiré tu dulce voz, que alegraba mi corazón! ¿Por qué no exhalé yo mi espíritu con el tuyo? ¡Estuviéramos los dos oscurecidos con las mismas sombras; nos encubriría la misma losa; no me viera yo entónces tan desamparada, pues estando á tu lado lo tengo todo; hallándome léjos de tí, lo he perdido todo! ¡Clavos inhumanos! ¡Cruz deicida! ¡Me habeis dejado en la más espantosa soledad! ¡Habeis dado la muerte al Hijo más hermoso entre los hijos de los hombres, á Aquel sin el cual yo no puedo vivir!»

Hé aquí, amados míos, la horrenda soledad en que María se encuentra. Como Job, desea que llegue la aurora cuyas luces alejan de nosotros el pavoroso silencio, y apenas ha visto los primeros rayos del sol, suspira por la llegada de las tinieblas, para poder entregarse de nuevo al llanto y al gemido que libremente lanzamos en la soledad de la noche. Cuanto he dicho, apenas es débil bosquejo de lo que pasó el alma santísima de María en el desamparo en que quedó por la muerte de su Hijo. Vosotros esperábais que os dijese las cosas con magnitud natural; pero esto es efecto de vuestro corazón devoto; no podeis pensarlo como deseais, porque yo soy criatura limitada, y no me es dado penetrar en una region que no tiene límites. No basta ser hombre, ni basta ser ángel, para comprender con toda exactitud la soledad de María. Era infinito el objeto que perdió; por consiguiente, infinita era su soledad, infinito su desamparo. No, no me explicarán esta soledad los más sublimes talentos; no me la explicarán tampoco los ángeles, ni aun la misma Virgen sagrada, por su dignidad y sus glorias: tienen por principio un objeto infinito, y los dolores, los trabajos y

el desamparo que sufrió su corazón, son causados por este mismo objeto.

Venid, pues, ¡oh hijas de Sion! ¡Venid, almas devotas, fervorosos cristianos; venid al lado de vuestra afligidísima Madre! Derramad una lágrima á su lado, ofreciéndosela como prenda del amor que la teneis. Pronunciad palabras de consuelo, que serán para aquella alma afligida un bálsamo que mitigue el dolor de las heridas que le causó la muerte de su Hijo, para que, cuando Éste venga á consolarla el día de su resurreccion, tengais la dicha de hallaros junto á vuestra Reina y participar de las alegrías que con tanta abundancia envia Dios á las almas que sufren por su amor, y podais decir con la Iglesia: «¡Aleluya, aleluya; Jesus se entregó á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion!» Que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SU TERNURA Y SU CONSTANCIA.

*Crucifixerunt eum, stabat autem juxta
cruce[m] Jesu, Mater ejus.*

Lo crucificaron, y estaba en pié junto á la cruz la Madre de Jesus.

(JOAN., cap. xix, vers. 18, 25.)

Hacia poco tiempo que la Religion del Crucificado, despues de haber penetrado en todos los reinos y provincias, se mostraba señora de todos los corazones, teniendo á sus plantas los trofeos de las supersticiones idólatras, y en su rededor hijos innumerables que habia producido la tierra fecundada con la sangre de los mártires. Cuando, disipadas todas las nieblas del error y la mentira, y alejado de los hombres convertidos del culto de sus ídolos todo vestigio de supersticion empezaba la Iglesia á tributar á María los homenajes debidos á su incomparable dignidad, un hombre audaz y sacrílego intentó derribar con sus doctrinas pestilentes el edificio de grandeza en que estribaba toda la excelencia de esta criatura privilegiada, y por consiguiente los motivos que los fieles tenían para venerarla. Negábase á María la prerogativa de ser madre de Dios, y con esto desaparecian todas sus virtudes, todas sus grandezas, todo su esplendor, toda su gloria, quedando reducida á la clase comun de las